

porque era cosa de mas embarazo, si alguno les acaciese; lo cual, si fuera, habia de ser en la delantera. E Chichimecatecle, que traia la dicha tablazon, como siempre fasta allí con la gente de guerra habia traído la delantera, tomólo por afrenta, y fué cosa recia acabar con él que se quedase en la retroguarda, porque él queria llevar el peligro que se pudiese recibir; y como ya lo concedió, tampoco queria que en la rezaga se quedasen en guarda ningunos españoles, porque es hombre de mucho esfuerzo, y queria él ganar aquella honra <sup>1</sup>. E llevaban estos capitanes dos mil indios cargados con su vitualla. E así, con esta orden y concierto fueron su camino, en el cual se detuvieron tres dias, y al cuarto entraron en esta ciudad con mucho placer y estruendo de atabales, y yo los salí á recibir. E como arriba digo, extendiase tanto la gente, que dende que los primeros comenzaron á entrar hasta que los postreros hobieron acabado, se pasaron mas de seis horas sin quebrar el hilo de la gente. E después de llegados y agradecido á aquellos señores las buenas obras que nos hacian, hice-los aposentar y proveer lo mejor que ser pudo; y ellos me dijeron que traian deseo de se ver con los de Culúa, y que viesse lo que mandaba, que ellos y aquella gente venian con deseos y voluntad de se vengar ó morir con nosotros, y yo les di las gracias, y les dije que reposasen y que presto les daria las manos llenas.

E después que toda esta gente de guerra de Tascaltecal hobo reposado en Tesáico tres ó cuatro dias, que cierto era para la manera de acá muy lucida gente, hice apercebir veinte y cinco de caballo, y trecientos peones, y cincuenta ballesteros y escopeteros, y seis tiros pequeños de campo, y sin decir á persona alguna dónde íbamos, salí desta ciudad á las nueve del día, y conmigo salieron los capitanes ya dichos, con mas de treinta mil hombres, por sus escuadrones muy bien ordenados, segun la manera dellos. E á cuatro leguas desta ciudad, ya que era tarde, encontramos un escuadron de gente de guerra de los enemigos, y los de caballo rompimos por ellos, y desbaratámoslos. E los de Tascaltecal, como son muy ligeros, siguiéronnos, y matamos muchos de los contrarios, y aquella noche dormimos en el campo muy sobre aviso. E otro día de mañana seguimos nuestro camino, y yo no habia dicho aun adónde era mi intencion de ir; lo cual hacia porque me recelaba de algunos de los de Tesáico que iban con nosotros, que no diesen aviso de lo que yo queria hacer á los de Méjico y Temixtitan, porque aun no tenia ninguna seguridad dellos; y llegamos á una poblacion que se dice Xaltoca <sup>2</sup>, que está asentada en medio de la laguna, y al rededor della hallamos muchas y grandes acequias

<sup>1</sup> Los indios de Tlaxcala son fuertes y muy honrados, y lo prueba este suceso; y fueron los mas fervorosos en la fe, mereciendo consagrar á Dios las primicias de su conversion con el martirio de los tres niños Cristóbal, Antonio y Juan: Cristóbal fué hijo de Acxotecal, cacique ó señor del pueblo de Allyhuetza, legua y media de Tlaxcala; que fué apaleado, arrojado en el fuego y muerto por su mismo padre; su cuerpo está en el convento de Tlaxcala. Antonio fué nieto de Xicentecatl, señor principal de Tlaxcala; Juan, criado de Antonio: fueron martirizados en Quantinehan; les sepultaron los religiosos dominicos en Tecalli, distante una legua de Quatinchan.

<sup>2</sup> Xaltocan, que está muy cerca de Zumpango y rodeado de una laguna, era antes tributario á Tezcucó.

llenas de agua; y al rededor hacia la dicha poblacion muy fuerte, porque los de caballo no podian entrar á ella, y los contrarios daban muchas gritas, tirándonos muchas varas y flechas; é los peones, aunque con trabajo, entráronles dentro, y echáronlos fuera, y quemaron mucha parte del pueblo. E aquella noche nos fuimos á dormir una legua de allí; y en amaneciendo tomamos nuestro camino, y en él hallamos los enemigos, y de lejos comenzaron á gritar, como lo suelen hacer en la guerra, que cierto es cosa espantosa oírlos, y nosotros comenzamos de seguillos; y siguiéndolos, llegamos á una grande y hermosa ciudad que se dice Guaticlan <sup>3</sup>, y hallámosla despoblada, y aquella noche nos aposentamos en ella.

Otro día siguiente pasamos adelante, y llegamos á otra ciudad que se dice Tenainca <sup>4</sup>, en la cual no hallamos resistencia alguna, y sin nos detener, pasamos á otra que se dice Acapuzalco <sup>5</sup>, que todas estas están al rededor de la laguna, y tampoco nos detuvimos en ella, porque deseaba mucho llegar á otra ciudad que estaba allí cerca, que se dice Tacuba <sup>6</sup>, que está muy cerca de Temixtitan; y ya que estábamos junto á ella, fallamos tambien al rededor muchas acequias de agua, y los enemigos muy á punto; y como los vimos, nosotros y nuestros amigos arremetimos á ellos, y entrámosles la ciudad, y matando en ellos, los echamos fuera della; y como era ya tarde, aquella noche no hicimos mas de nos aposentar en una casa, que era tan grande, que cupimos todos bien á placer en ella <sup>7</sup>; y en amaneciendo, los indios nuestros amigos comenzaron á saquear y quemar toda la ciudad, salvo el aposento donde estábamos, y pusieron tanta diligencia, que aun dél se quemó un cuarto; y esto se hizo porque cuando salimos la otra vez desbaratados de Temixtitan, pasando por esta ciudad, los naturales della, juntamente con los de Temixtitan, nos hicieron muy cruel guerra y nos mataron muchos españoles.

En seis dias que estuvimos en esta ciudad de Tacuba, ninguno hobo en que no tuviésemos muchos reencontros y escaramuzas con los enemigos. E los capitanes de la gente de Tascaltecal y los suyos hacian muchos desafios con los de Temixtitan, y peleaban los unos con los otros muy hermosamente, y pasaban entre ellos muchas razones, amenazándose los unos con los otros, y diciéndose muchas injurias, que sin duda era cosa para ver, y en todo este tiempo siempre morian muchos de los enemigos, sin peligrar ninguno de los nuestros, porque muchas veces les entrábamos por las calzadas y puentes de la ciudad, aunque como tenian tantas defensas, nos resistian fuertemente. E muchas veces fingian que nos daban lugar para que entrásemos dentro, diciéndonos: «Entrad, entrad á holgaros;» y otras veces nos decian: «¿Pensais que hay agora otro

<sup>3</sup> Guaticlan, tres leguas de Méjico.

<sup>4</sup> Tizayuca ó Tenayucan.

<sup>5</sup> Escapuzalco, una legua corta de Méjico.

<sup>6</sup> Una legua corta de Méjico.

<sup>7</sup> El pueblo de Tacuba es del señor don Josef Mutezuma, descendiente de los emperadores, y estas casas que aquí se refieren eran las del Emperador: este pueblo en mejicano se llama Tlacupa, que fué cabeza de reino de los tecpanecas, y después fué sujeto por Ahuit.

Mutezuma, para que haga todo lo que quisiéredes?» Y estando en estas pláticas, yo me llegué una vez cerca de una puente que tenian quitada, y estando ellos de la otra parte, hice señal á los nuestros que estuviesen quedos; y ellos tambien, como vieron que yo les queria hablar, hicieron callar á su gente, y dijeles que ¿por qué eran locos y querian ser destruidos? Y si habia allí entre ellos algun señor principal de los de la ciudad, que se llegase allí, porque le queria hablar. Y ellos me respondieron que toda aquella multitud de gente de guerra que por allí veia, que todos eran señores; por tanto, que dijese lo que queria. Y como yo no respondí cosa alguna, comenzáronme á deshonrar; y no sé quién de los nuestros, díjoles que se morian de hambre, y que no les habiamos de dejar salir de allí á buscar de comer. Y respondieron que ellos no tenian necesidad, y que cuando la tuviesen, que de nosotros y de los de Tascaltecal comerian. E uno dellos tomó unas tortas de pan de maíz, y arrojólas hacia nosotros diciendo: Tomad y comed, si teneis hambre; que nosotros ninguna tenemos. Y comenzaron luego á gritar y pelear con nosotros. E como mi venida á esta ciudad de Tacuba habia sido principalmente para haber plática con los de Temixtitan y saber qué voluntad tenian, y mi estada allí no aprovechaba ninguna cosa, á cabo de los seis dias acordé de me volver á Tesáico para dar prisa en ligar y acabar los bergantines, para por la tierra y por la agua ponerles cerco; y el día que partimos, venimos á dormir á la ciudad de Goatitan <sup>1</sup>, de que arriba se ha hecho mencion, y los enemigos no hacian sino seguirnos; y los de caballo de cuando en cuando revolviámos sobre ellos, y así nos quedaban algunos entre las manos. E otro día comenzamos á caminar; y como los contrarios vian que nos veniamos, creian que de temor lo haciamos; y juntóse gran número dellos, y comenzáronnos de seguir. E como yo vi esto, mandé á la gente de pié que se fuesen adelante y que no se detuviesen, y que en la rezaga dellos fuesen cinco de caballo, y yo me quedé con veinte, y mandé á seis de caballo que se pusiesen en una cierta parte en celada, y otros seis en otra, y otros cinco en otra, y yo con otros tres en otra; y que como los enemigos pasasen, pensando que todos íbamos juntos adelante, en oyéndome el apellido del Señor Santiago saliesen y les diesen por las espaldas. E como fué tiempo salimos, y comenzamos á lancear en ellos, y duró el alcance cerca de dos leguas todas llanas como la palma, que fué muy hermosa cosa; y así murieron muchos dellos á nuestras manos y de los indios nuestros amigos, y se quedaron, y nunca mas nos siguieron, y nosotros nos volvimos y alcanzamos á la gente; y aquella noche dormimos en una gentil poblacion, que se dice Aculman <sup>2</sup>, que está dos leguas de la ciudad de Tesáico, para donde otro día nos partimos, y á mediodía entramos en ella y fuimos muy bien recibidos del alguacil mayor, que yo habia dejado por capitán

<sup>1</sup> Guaticlan.

<sup>2</sup> Oculman; este pueblo está arruinado enteramente á causa de que, por libertar á Méjico de las aguas, se ha hecho una presa y echado una compuerta en los meses de lluvias, y por esto ha quedado sola la iglesia, que es una fábrica admirable, en medio de las aguas.

y de toda la gente, y holgaron mucho con nuestra venida, porque dende el día que de allí habiamos partido nunca habian sabido de nosotros y de lo que nos habia sucedido, y estaban con muy grandísimo deseo de lo saber. E otro día que hobimos llegado, los señores y capitanes de la gente de Tascaltecal me pidieron licencia, y se partieron para su tierra muy contentos y con algun despojo de los enemigos.

Dos dias después de entrados á esta ciudad de Tesáico, llegaron á mí ciertos indios mensajeros de los señores de Calco, y díjéronme cómo les habian mandado que me hiciesen saber de su parte que los de Méjico y Temixtitan iban sobre ellos á los destruir, y que me rogaban les enviase socorro, como otras veces me lo habian pedido. Y yo provei luego de enviar con Gonzalo de Sandoval veinte de caballo y trecientos peones; al cual encargué mucho que se diese prisa, y llegado, trabajase de dar todo el favor y ayuda que fuese posible á aquellos vasallos de vuestra majestad y nuestros amigos; y llegado á Calco, halló mucha gente junta así de aquella provincia como de las de Guajocingo y Guacachula, que estaban esperando; y dado orden en lo que se habia de hacer, partiéronse y tomaron su camino para una poblacion que se dice Guastepeque <sup>3</sup>, donde estaba la gente de Culúa en guarnicion, y de donde hacian daño á los de Calco, y á un pueblo que estaba en el camino salió mucha gente de los contrarios; y como nuestros amigos eran muchos y tenian en ventaja á los españoles y á los de caballo, todos juntos rompieron por ellos, y desampararon el campo; y matando en ellos, siguieron á los enemigos, y en aquel pueblo que está antes de Guastepeque reposaron aquella noche, y otro día se partieron; y ya que llegaban junto á la dicha poblacion de Guastepeque, los de Culúa comenzaron de pelear con los españoles; pero en poco rato los desbarataron, y matando en ellos, los echaron fuera del pueblo, y los de caballo se apearon para dar de comer á sus caballos y aposentarse. Y estando así descuidados de lo que sucedió, llegan los enemigos hasta la plaza del aposento, apellidando y gritando muy fieramente, echando muchas piedras y varas y flechas, y los españoles dieron al arma; y ellos y nuestros amigos, dándose mucha prisa, salieron á ellos y echáronlos fuera otra vez, y siguieron el alcance mas de una legua, y mataron muchos de los contrarios, y volviéronse aquella noche bien cansados á Guastepeque, adonde estuvieron reposando dos dias.

En este tiempo el alguacil mayor supo cómo en un pueblo mas adelante, que se dice Acapichtla <sup>4</sup>, habia mucha gente de guerra de los enemigos, y determinó de ir allá á ver si se darian de paz, y á les requerir con ella, y este pueblo era muy fuerte <sup>5</sup> y puesto en una altura, y donde no pudiesen ser ofendidos de los de ca-

<sup>3</sup> Huastepec.

<sup>4</sup> Ayacapistla, camino hácia el sur.

<sup>5</sup> Y aun hoy lo es, porque tiene un foso muy profundo, que le cerca: en tiempo de Cortés se hizo la magnífica iglesia parroquial, tan fuerte, que encima puso artillería, y después se mandó apear y fundir los cañones; he visto donde estaban asentados, y es un castillo muy fuerte la iglesia; en el foso ó barranca habia puentes levadizas, pero hoy son de piedra: este arroyo se tiñó en sangre de los mejicanos.



ballo; y como llegaron los españoles, los del pueblo, sin esperar á cosa alguna, comenzaron á pelear con ellos, y dende lo alto echar muchas piedras; y aunque iba mucha gente de nuestros amigos con el dicho alguacil mayor, viendo la fortaleza de la villa, no osaban acometer ni llegar á los contrarios. E como esto vió el dicho alguacil mayor y los españoles, determinaron de morir ó subiles por fuerza á lo alto del pueblo, y con el apellido de *señor Santiago* <sup>1</sup> comenzaron á subir; y plugo á Dios dalles tanto esfuerzo, que aunque era mucha la ofensa y resistencia que se les hacia, les entraron, aunque hubo muchos heridos. E como los indios nuestros amigos los siguieron, y los enemigos se vieron de vencida, fué tanta la matanza dellos á manos de los nuestros, y dellos despeñados de lo alto, que todos los que allí se hallaron afirman que un río pequeño que cercaba casi aquel pueblo, por mas de una hora fué teñido en sangre, y les estorbó de beber por entonces, porque como hacia mucha calor, tenían necesidad dello. E dado conclusion á esto, y dejando al fin estas dos poblaciones de paz, aunque bien castigados por haberla al principio negado, el dicho alguacil mayor se volvió con toda la gente á Tesáico; y crea vuestra católica majestad que esta fué una bien señalada victoria, y donde los españoles mostraron bien singularmente su esfuerzo.

Como los de Méjico y Temixtitan supieron que los españoles y los de Calco habían hecho tanto daño en su gente, acordaron de enviar sobre ellos ciertos capitanes con mucha gente; y como los de Calco tuvieron aviso desto, enviaron á rogarme á mucha priesa que les enviase socorro; y yo torné luego á despachar al dicho alguacil mayor con cierta gente de pié y de caballo; pero cuando llegó ya los de Culúa y los de Calco se habían visto en el campo, y habían peleado los unos y los otros muy reciamente; y plugo á Dios que los de Calco fueron vencedores, y mataron muchos de los contrarios, y prendieron bien cuarenta personas dellos, entre los cuales había un capitán de los de Méjico y otros dos principales, los cuales todos entregaron los de Calco al dicho alguacil mayor para que me los trujese; el cual me envió dellos, y dellos dejó consigo, porque por seguridad de los de Calco estuvo con toda la gente en un pueblo suyo que es frontera de los de Méjico. E después que le pareció que no había necesidad de su estada, se volvió á Tesáico, y trajo consigo á los otros prisioneros que le habían quedado. En este medio tiempo hubimos otros muchos rebatos y recuentros con los naturales de Culúa; y por evitar prolijidad los dejo de especificar.

Como ya el camino para la villa de la Veracruz dende esta ciudad de Tesáico estaba seguro y podían ir y venir por él, los de la villa tenían cada día nuevas de nosotros, y nosotros dellos, lo cual antes cesaba. E con un mensajero enviáronme ciertas ballestas y escopetas y pólvora, con que hubimos grandísimo placer; y den-

<sup>1</sup> Este apellidar los españoles á Santiago era muy usado en las batallas contra los moros, y por intercesion del Santo se ganó en la Rioja la insignie de Clavijo por el rey de Leon don Ramiro I; en Simancas por don Ramiro II, en las Navas de Tolosa por Alonso VIII, y otras muy señaladas.

de á dos dias me enviaron otro mensajero, con el cual me hicieron saber que al puerto habían llegado tres navios, y que traían mucha gente y caballos, y que luego los despacharian para acá; y segun la necesidad que teníamos, milagrosamente nos envió Dios este socorro.

Yo buscaba siempre, muy poderoso Señor, todas las maneras y formas que podia, para atraer á nuestra amistad á estos de Temixtitan; lo uno, porque no diesen causa á que fuesen destruidos; y lo otro, por descansar de los trabajos de todas las guerras pasadas, y principalmente porque dello sabia que redundaba servicio á vuestra majestad. E donde quiera que podia haber alguno de la ciudad, gelo tornaba á enviar, para les amonestar y requerir que se diesen de paz. Y el miércoles Santo, que fueron 27 de marzo del año de 521, hice traer ante mí á aquellos principales de Temixtitan que los de Calco habían prendido, y díjeles si querían algunos dellos ir á la ciudad y hablar de mi parte á los señores della, y rogales que no curasen de tener mas guerra conmigo, y que se diesen por vasallos de vuestra majestad, como antes lo habían, porque yo no les queria destruir, sino ser su amigo. E aunque se les hizo de mal, porque tenían temor que yéndoles con aquel mensajero los matarian, dos de aquellos prisioneros se determinaron de ir, y pidieronme una carta; y aunque ellos no habían de entender lo que en ella iba, sabían que entre nosotros se acostumbraba, y que llevándola ellos, los de la ciudad les darian crédito. Pero con las lenguas yo les dí á entender lo que en la carta decia, que era lo que yo á ellos les había dicho. E así se partieron, y yo mandé á cinco de caballo que saliesen con ellos fasta ponerlos en salvo.

El sábado Santo los de Calco y otros sus aliados y amigos me enviaron á decir que los de Méjico venían sobre ellos, y mostráronme en un paño blanco <sup>2</sup> grande la figura de todos los pueblos que contra ellos venían, y los caminos que traían; que me rogaban que en todo caso les enviase socorro, é yo les dije que dende á cuatro ó cinco dias se lo enviaria, y que si entre tanto se vian en necesidad, que me lo hiciesen saber y que yo les socorriera; y el tercer dia de pascua de Resurreccion volvíronme á decir que me rogaban que brevemente fuese el socorro, porque á mas andar se acercaban los enemigos. Yo les dije que yo queria ir á les socorrer, y mandé apregonar que para el viernes siguiente estuviesen apercebidos veinte y cinco de caballo y trecientos hombres de pié.

El jueves antes vinieron á Tesáico ciertos mensajeros de las provincias de Tazápan <sup>3</sup> y Mascalcingo y Nautan, y de otras ciudades que están en su comarca; y dijéronme que se venían á dar por vasallos de vuestra majestad y á ser nuestros amigos, porque ellos nunca habían muerto ningun español ni se habían alzado contra el servicio de vuestra majestad, y trujeron cierta ropa de algodón: yo se lo agradecí, y les prometí que si fuesen buenos se les haria buen tratamiento; y así, se volvíeron contentos.

<sup>2</sup> El modo de escribir los mejicanos era figurar los pueblos con aquellas señas ó cosas que significaban sus nombres.

<sup>3</sup> Pueden ser Tizápan, Mexicalcingo y Naucalpan; mas es muy dudoso.

El viernes siguiente, que fueron 5 de abril del dicho año de 521, salí desta ciudad de Tesáico con los treinta de caballo y los trecientos peones que estaban apercebidos; y dejé en ella otros veinte de caballo y otros trecientos peones, y por capitán á Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor. Y salieron conmigo mas de veinte mil hombres de los de Tesáico; y en nuestra ordenanza fuimos á dormir á una poblacion de Calco que se dice Talmanalco <sup>4</sup>, donde fuimos bien recibidos y aposentados; y allí, porque está una buena fuerza, después que los de Calco fueron nuestros amigos, siempre tenían gente de guarnición, porque es frontera de los de Culúa; y otro dia llegamos á Calco á las nueve del dia, que no nos detuvimos mas de hablar á los señores de allí, y decirles mi intencion, que era dar una vuelta en torno de las lagunas, porque creía que, acabada esta jornada, que importaba mucho, fallaria fechos los trece bergantines y aparejados para los echar al agua. Y como hobe hablado á los de Calco, partímonos aquel dia á visperas, y llegamos á una poblacion suya, donde se juntaron con nosotros mas de cuarenta mil hombres de guerra nuestros amigos, y aquella noche dormimos allí. Y porque los naturales de la dicha poblacion me dijeron que los de Culúa me estaban esperando en el campo, mandé que al cuarto del alba toda la gente estoviese en pié y apercebida; y otro dia, en oyendo misa, comenzamos á caminar, y yo tomé la delantera con veinte de caballo, y en la rezaga quedaron diez, y así pasamos por entre unas sierras muy agras. E á las dos después de mediodía llegamos á un peñol muy alto y agro, y encima dél estaba mucha gente de mujeres y niños, y todas las laderas llenas de gente de guerra; y comenzaron luego á dar muy grandes alaridos, haciendo muchas ahumadas, tirándonos con hondas y sin ellas muchas piedras y flechas y varas; por manera que en llegándonos cerca recibiamos mucho daño. Y aunque habíamos visto que en el campo no nos habían osado esperar, parecíame, aunque era otro nuestro camino, que era poquedad pasar adelante sin hacerles algun mal sabor; y porque no creyesen nuestros amigos que de cobardía lo dejábamos de hacer, comencé á dar una vista en torno del peñol, que había casi una legua; y cierto era tan fuerte, que parecia locura querernos poner en ganárselo, é aunque les pudiera poner cerco y hacerles darse de pura necesidad, yo no me podia detener. E así, estando en esta confusion, determiné de le subir el risco por tres partes, que yo había visto, é mandé á Cristóbal Corral, alférez de sesenta hombres de pié, que yo traía siempre en mi compañía, que con su bandera acometiese y subiese por la parte mas agria, y que ciertos escopeteros y ballesteros le siguiesen. E á Juan Rodríguez de Villafuerte y á Francisco Verdugo, capitanes, que con su gente y con ciertos ballesteros y escopeteros subiesen por la otra parte. E á Pedro Dircio y Andrés de Monjaraz, capitanes, acometiesen por la otra parte con otros pocos ballesteros y escopeteros, y que en oyendo soltar una escopeta, todos determinasen subir y haber la victoria ó morir. E luego, en soltando la escopeta comenzaron á subir, y ganaron á los contrarios dos vueltas del peñol, que no pudieron su-

<sup>4</sup> Hoy Talmanalco, poco mas de legua de Chalco.

bir mas, porque con piés y manos no se podían tener, porque era sin comparacion la aspereza y agrura de aquel cerro. Y echaban tantas piedras de lo alto con las manos y rodando, que aun los pedazos que se quebraban y sembraban hacian infinito daño; é fué tan recia la ofensa de los enemigos, que nos mataron dos españoles y hirieron mas de veinte; y en fin, en ninguna manera pudieron pasar de allí. E yo, viendo que era imposible poder mas hacer de lo hecho, y que se juntaban muchos de los contrarios en socorro de los del peñol, que todo el campo estaba lleno dellos, mandé á los capitanes que se volbiesen, y abajados los de caballo, arremetimos á los que estaban en lo llano, y echámoslos de todo el campo, alanceando y matando en ellos, é duró el alcance mas de hora y media. E como era mucha la gente, los de caballo derramáronse á una parte y á otra, y después de recogidos, de algunos dellos fué informado cómo habían llegado obra de una legua de allí y habían visto otro peñol con mucha gente; pero que no era tan fuerte, y que por lo llano cerca dél <sup>2</sup> había mucha poblacion, y que no faltarian dos cosas que en este otro nos habían faltado; la una era agua, que no la había acá; y la otra, que por ser tan fuerte el cerro no habría tanta resistencia, y se podia sin peligro tomar la gente. E aunque con harta tristeza de no haber alcanzado victoria, partímonos de allí, y fuimos aquella noche á dormir cerca del otro peñol, adonde pasamos harto trabajo y necesidad, porque tampoco fallamos agua, ni en todo aquel dia la habíamos bebido nosotros ni los caballos; y así, nos estuvimos aquella noche oyendo hacer á los enemigos mucho estruendo de atabales y bocinas y gritas.

Y en siendo el dia claro ciertos capitanes y yo comenzamos á mirar el risco, el cual nos parecia casi tan fuerte como el otro; pero tenía dos padrastrós mas altos que no él y no tan agros de subir, y en estos estaba mucha gente de guerra para los defender. E aquellos capitanes y yo, y otros hidalgos que allí estaban, tomamos nuestras rodelas y fuimos á pié hácia allá, porque los caballos los habían llevado á beber una legua de allí; no para mas de ver la fuerza del peñol y por donde se podría combatir; y la gente, como nos vieron ir, aunque no los habíamos dicho cosa alguna, siguiéronnos. Y como llegamos al pié del peñol, los que estaban en los padrastrós dél creyeron que yo queria acometer por el medio, y desamparáronlos por socorrer á los suyos. Y como yo vi el desconcierto que habían hecho, y que tomados aquellos dos padrastrós, se les podia hacer dellos mucho daño, sin hacer mucho bullicio mandé á un capitán que de presto subiese con su gente y tomase el un padrastro de aquellos mas agro, que habían desamparado; y así fué hecho. Y yo con la otra gente comencé á subir el cerro arriba, allí donde estaba la mas fuerza de la gente; y plugo á Dios que les gané una vuelta dél, y pusímonos en una altura que casi igualaba con lo alto de donde ellos peleaban; lo

<sup>2</sup> Cerca de Méjico hay dos cerros, que llaman el uno peñol de los Baños, porque los hay allí de agua mineral; y el otro mas distante, que llaman del Marqués, y no es este el de que habla aquí Cortés, y que por esto le diesen después el nombre del marqués del Valle, sino los cerros que están antes de Huaxtepec, Yautepetec, Jiutepec y Xochitepec.



cual parecía que era cosa imposible poderles ganar, á lo menos sin infinito peligro. E ya un capitán había puesto su bandera en lo mas alto del cerro, é de allí comenzó á soltar escopetas y ballestas en los enemigos. Y como vieron el daño que recibían, y considerando el porvenir, hicieron señal que se querían dar, y pusieron las armas en el suelo. Y como mi motivo sea siempre dar á entender á esta gente que no les queremos hacer mal ni daño, por mas culpados que sean, especialmente queriendo ellos ser vasallos de vuestra majestad, y es gente de tanta capacidad <sup>1</sup>, que todo lo entienden y conocen muy bien, mandé que no se les hiciese mas daño; y llegados á me hablar, los recibí bien. Y como vieron cuán bien con ellos se había hecho, hicieronlo saber á los del otro peñol; los cuales, aunque habían quedado con victoria, determinaron de se dar por vasallos de vuestra majestad, y viniéronme á pedir perdón por lo pasado. En esta poblacion de cabe el peñol estuve dos dias, y de allí envié á Tesáico los heridos, y yo me partí, y á las diez del dia llegamos á Guastepeque, de que arriba he hecho mención, y en la casa de una huerta del señor de allí nos aposentamos todos; la cual huerta es la mayor y mas hermosa y fresca que nunca se vió, porque tiene dos leguas de circúito <sup>2</sup>, y por medio della va una muy gentil ribera de agua, y de trecho á trecho, cantidad de dos tiros de ballesta, hay aposentamientos y jardines muy frescos, y infinitos árboles de diversas frutas, y muchas yerbas y flores olorosas <sup>3</sup>; que cierto es cosa de admiración ver la gentileza y grandeza de toda esta huerta. E aquel dia reposamos en ella, donde los naturales nos hicieron el placer y servicio que pudieron. E otro dia nos partimos, y á las ocho horas del dia llegamos á una buena poblacion que se dice Yantepeque <sup>4</sup>, en la cual estaban esperándonos mu-

<sup>1</sup> No son los indios tan rudos como les quieren hacer, y quien les observe reconocerá la capacidad que conoció en ellos Cortés; algunas veces se hacen bobos, y es porque les tiene cuenta.

<sup>2</sup> La casa y huerta de Huaxtepec.

<sup>3</sup> Las frutas de América regularmente no se logran en España, á excepcion de las tunas, que llaman higos de Indias; y las de España todas prenden en la América, solo si se advierte menos sustancia. Las particulares de América son piñas, chirimoyas, zapotes prietos y blancos, ahuaçates, cotos, guanabanas, aponas, guayabas, plátanos, guineos, mameyes, pilayas, safatas, cuyas ramas arrojan leche; dátiles muy grandes, sapuches, carambullos, cumaros, bachatas, de cuyo árbol la raíz sirve para lavar como el jabon; papayas, texocotes, que tiene el mismo hueso que la acerola, pero es amarillo.

En Toluca hay un árbol muy singular que llaman manitas, porque cada hoja es una flor de figura casi perfecta de una mano de hombre.

Bálsamo blanco, bermejo, verde y negro: el puro, que los herbolarios llaman opobálsamo, es la lágrima que destila un árbol como el granado; el licor que se saca deste árbol hiriendo y sañando la corteza, hojas exprimidas y cocidas al fuego, se llama xilobálsamo: está declarado por la sede apostólica que con el bálsamo de Indias se puede hacer la consagración del santo Crisma; el mejor deste reino viene de Guatemala y Chiapa, y el blanco es muy apreciado, por mas perfecto.

De las plantas y yerbas, licores y cosas medicinales de Indias, trata largamente el doctor Francisco Hernández, cuya obra se hizo de orden del Rey, pintando al natural todas las plantas, que pasan de mil y docientas, y se refiere que el coste de la obra pasó de sesenta mil ducados: la extractó el doctor Nardo Antonio, médico italiano, y es razón que los españoles hagan el debido aprecio della, cuando ha dado luz á los extranjeros.

<sup>4</sup> Así se llama hoy, y es camino á la costa del sur.

cha gente de guerra de los enemigos. E como llegamos pareció que quisieron hacernos alguna señal de paz, ó por el temor que tuvieron ó por nos engañar. Pero luego en continente sin mas acuerdo comenzaron á huir, desamparando su pueblo; y yo no curé de detenerme en él, y con los treinta de caballo dimos tras ellos bien dos leguas, hasta los encerrar en otro pueblo que se dice Gilutepeque <sup>5</sup>, donde alanceamos y matamos muchos. Y en este pueblo hallamos la gente muy descuidada, porque llegamos primero que sus espías, y murieron algunos, y tomáronse muchas mujeres y muchachos, y todos los demás huyeron; y yo estuve dos dias en este pueblo, creyendo que el señor dél se viniera á dar por vasallo de vuestra majestad; y como nunca vino, cuando partí hice poner fuego al pueblo; y antes que dél saliese, vinieron ciertas personas del pueblo antes, que se dice Yactepeque, y rogáronme que les perdonase, y que ellos se querían dar por vasallos de vuestra majestad. Yo les recibí de buena voluntad, porque en ellos se había hecho ya buen castigo.

Aquel dia que partí, á las nueve del dia llegué á vista de un pueblo muy fuerte, que se llama Coadnabaced <sup>6</sup>, y dentro dél había mucha gente de guerra; y era tan fuerte el pueblo y cercado de tantos cerros y barrancas, que algunas había de diez estados de hondura; y no podía entrar ninguna gente de caballo, salvo por dos partes, y estas entonces no las sabíamos, y aun para entrar por aquellas habíamos de rodear mas de legua y media; tambien se podía entrar por puentes de madera; pero teníanlas alzadas, y estaban tan fuertes y tan á su salvo, que aunque fuéramos diez veces mas, no nos tuvieran en nada; y llegándonos hácia ellos, tirábanlos á su placer muchas varas y flechas y piedras; y estando así muy revueltos con nosotros, un indio de Tascaltecal pasó de tal manera, que no le vieron, por un paso muy peligroso. E como los enemigos le vieron así de súbito, creyeron que los españoles les entraban por allí; y así, ciegos y espantados, comienzan á ponerse en huida, el indio tras dellos; y tres ó cuatro mancebos criados míos y otros dos de una capitania, como vieron pasar al indio, siguiéronle y pasaron de la otra parte, y yo con los de caballo comencé á guiar hácia la sierra para buscar entrada al pueblo, y los indios nuestros enemigos no hacían sino tirarnos varas y flechas; porque entre ellos y nosotros no había mas de una barranca como cava <sup>7</sup>; y como estaban embebecidos en pelear con nosotros, y estos no habían visto los cinco españoles, llegan de improviso por las espaldas y comienzan á darles de cuchilladas; y como los tomaron de tan sobresalto y sin pensamiento, que por las espaldas se les podía hacer ninguna ofensa, porque ellos no sabían que los suyos habían desamparado el paso por donde los españoles y el indio habían pasado, estaban espantados y no osaban pelear, y los españoles mataban en

<sup>5</sup> Xilotepec; este y los pueblos de arriba están antes de Cuernabaca, pero pudo haber equivocación en el nombre por poner Xilutepec ó Xuchitepec.

<sup>6</sup> Cuernabaca, antes *Quannabac*, es amenísimo, muy fuerte, y hoy se conservan las casas de Cortés á modo de fortaleza, con otras memorias de la conquista.

<sup>7</sup> Esta barranca permanece, y se observa hoy todo lo que dice Cortés.

ellos; y desde cayeron en la burla comenzaron á huir. Y ya nuestra gente de pié estaba dentro en el pueblo y le comenzaban á quemar, y los enemigos todos á le desamparar; y así huyendo se acogieron á la sierra, aunque murieron muchos dellos, y los de caballo siguieron y mataron muchos. E después que hallamos por dónde entrar al pueblo, que sería mediodía, aposentámonos en las casas de una huerta, porque lo hallamos ya casi todo quemado. E ya bien tarde el señor y algunos otros principales, viendo que en cosa tan fuerte como su pueblo no se habían podido defender, temiendo que allá en la sierra los habíamos de ir á matar, acordaron de se venir á ofrecer por vasallos de vuestra majestad, y yo los recibí por tales, y prometieronme de ahí adelante ser siempre nuestros amigos. Estos indios y los otros que venían á se dar por vasallos de vuestra majestad, después de los haber quemado y destruido sus casas y haciendas, nos dijeron que la causa por que venían tarde á nuestra amistad era porque pensaban que satisfacían sus culpas en consentir primero hacerles daño, creyendo que hecho no tenían después tanto enojo dellos.

Aquella noche dormimos en aquel pueblo, y por la mañana seguimos nuestro camino por una tierra de pinales, despoblada y sin ninguna agua, la cual y un puerto pasamos con grandísimo trabajo y sin beber; tanto, que muchos de los indios que iban con nosotros perecieron de sed; é á siete leguas de aquel pueblo en unas estancias paramos aquella noche. Y en amaneciendo tomamos nuestro camino <sup>1</sup> y llegamos á vista de una gran ciudad que se dice Suchimilco, que está edificada en la laguna dulce, é como los naturales della estaban avisados de nuestra venida, tenían hechas muchas albarradas y acequias, y alzadas las puentes de todas las entradas de la ciudad, la cual está de Temixtitan tres ó cuatro leguas, y estaba dentro mucha y muy lucida gente y muy determinados de se defender ó morir. E llegados, y recogida toda la gente y puesta en mucha orden y concierto, yo me apeé de mi caballo y seguí con ciertos peones hácia una albarrada que tenían hecha, y detrás estaba infinita gente de guerra; é como comenzamos á combatir el albarrada, y los ballesteros y escopeteros les hacían daño, desampararonla, y los españoles se echaron al agua y pasaron adelante por donde hallaron tierra firme. Y en media hora que peleamos con ellos les ganamos la principal parte de la ciudad; é retraídos los contrarios por las calles del agua y en sus canoas, pelearon hasta la noche. E unos movían paces, y otros por eso no dejaban de pelear; y moviéronlas tantas veces sin ponerlo por obra, que caímos en la cuenta, porque ellos lo hacían para dos efectos, el uno para alzar sus haciendas en tanto que nos detenían con la paz; el otro por dilatar tiempo en tanto que les venía socorro de Méjico y Temixtitan. E este dia nos mataron dos españoles, por que se desmandaron de los otros á robar, y viéronse con tanta necesidad, que nunca pudieron ser socorridos. E en la tarde pensaron los enemigos cómo nos podrían atajar de ma-

<sup>1</sup> Desde Cuernabaca volvieron hácia Méjico, y pararon en Xochimilco, que está junto á la laguna de Chalco, y hoy hay muchas familias de indios que por agua y tierra comercian en Méjico.

nera que no pudiésemos salir de su ciudad con las vidas. E juntos mucha copia dellos, determinaron de venir por la parte que nosotros habíamos entrado; y como los vimos venir tan súbito, espantámonos de ver su ardimiento y presteza, y seis de caballo y yo, que estábamos mas á punto que los otros, arremetimos por medio dellos. E ellos, de temor de los caballos, pusiéronse en huida; y así, salimos de la ciudad tras ellos, matando muchos, aunque nos vimos en harto aprieto; porque, como eran tan valientes hombres, muchos dellos osaban esperar á los de caballo con sus espadas y rodela. E como andábamos revueltos con ellos y había muy gran priesa, el caballo en que yo iba se dejó caer de cansado; y como algunos de los contrarios me vieron á pié, revolvieron sobre mí, é yo con la lanza comencé á defender dellos; y un indio de los de Tascaltecal, como me vió en necesidad, llegóse á me ayudar, y él y un mozo mio que luego llegó levantamos el caballo. E ya en esto llegaron los españoles, y los enemigos desampararon todo el campo; y yo con los otros de caballo, que entonces habían llegado, como estábamos muy cansados, nos volvimos á la ciudad. E aunque era ya casi noche y razón de reposar, mandé que todas las puentes alzadas por do iba el agua se cegasen con piedra y adobes que había allí, porque los de caballo pudiesen entrar y salir sin estorbo ninguno en la ciudad; y no me partí de allí fasta que todos aquellos pasos malos quedaron muy bien aderezados, y con mucho aviso y recaudo de velas pasamos aquella noche.

Otro dia, como todos los naturales de la provincia de Méjico y Temixtitan sabían ya que estábamos en Suchimilco, acordaron de venir con gran poder por el agua y por la tierra á nos cercar, porque creían que no podíamos ya escapar de sus manos, y yo me subí á una torre <sup>2</sup> de sus ídolos para ver cómo venía la gente y por dónde nos podían acometer, para proveer en ello lo que nos conviniere. E ya que en todo había dado orden, llegamos por el agua á una muy grande flota de canoas, que creo que pasaban de dos mil, y en ellas venían mas de doce mil hombres de guerra, é por la tierra llegaba tanta multitud de gente, que todos los campos cubrían. E los capitanes dellos, que venían delante, traían sus espadas de las nuestras en las manos, y apellidando sus provincias, decían: «Méjico, Méjico, Temixtitan, Temixtitan;» y decíannos muchas injurias, y amenazándonos que nos habían de matar con aquellas espadas, que nos habían tomado la otra vez en la ciudad de Temixtitan. E como ya había proveído adonde había de acudir cada capitán, y porque hácia la Tierra-Firme había mucha copia de enemigos, salí á ellos con veinte de caballo y con quinientos indios de Tascaltecal, y repartímonos en tres partes, y mandéles que desde que hobiesen rompido, que se recogiesen al pié de un cerro que estaba media legua de allí, porque tambien había allí mucha gente de los enemigos. E como nos dividimos, cada escuadron siguió á los enemigos por su cabo; y después de desbaratados y alanceados y muertos muchos, recogímonos al pié del cerro, é yo mandé á ciertos peones criados míos, que me habían servido y eran bien

<sup>2</sup> Los ídolos y adoratorios los tenían en lugares elevados.



suelos, que por lo mas agro del cerro trabajasen de lo subir. E que yo con los de caballo rodearia por detrás, que era mas llano, y los tomariamos en medio; y así fué, que como los enemigos vieron que los españoles les subian por el cerro, volvieron las espaldas, creyendo que huían á su salvo, y topan con nosotros, que seríamos quince de caballo, y comenzamos á dar en ellos, y los de Tascaltecal asimismo. Por manera que en poco espacio murieron mas de quinientos de los enemigos, y todos los otros se salvaron y huyéronse á las sierras. Y los otros seis de caballo acertaron á ir por un camino muy ancho y llano alanceando á los enemigos, y á media legua de Suchimilco dan sobre un escuadron de gente muy lucida, que venia en su socorro, y desbarataronlos y alancearon algunos; é ya que nos hobimos juntado todos los de caballo, que serian las diez del día, volvimos á Suchimilco, y á la entrada hallé muchos españoles que deseaban mucho nuestra venida y saber lo que nos habia sucedido, y contáronme cómo se habian visto en mucho aprieto, y habian trabajado todo lo posible por echar fuera los enemigos, de los cuales habian muerto mucha cantidad. E diéronme dos espadas de las nuestras, que les habian tomado, y dijéronme cómo los ballesteros no tenian saetas ni almacen alguno. Y estando en esto, antes que nos apeásemos asomaron por una calzada muy ancha un gran escuadron de los enemigos con muy grandes alaridos. E de presto arremetimos á ellos, y como de la una parte y de la otra de la calzada era todo agua, lanzáronse en ella; y así los desbaratamos; y recogida la gente, volvimos á la ciudad bien cansados, y mandéla quemar toda, excepto aquello donde estábamos aposentados. Y así estuvimos en esta ciudad tres dias, que en ninguno dellos dejamos de pelear; y al cabo, dejándola toda quemada y asolada, nos partimos, y cierto era mucho para ver, porque tenia muchas casas y torres de sus ídolos de cal y canto; y por no me alargar, dejo de particularizar otras cosas bien notables desta ciudad.

El día que me partí, me salí fuera á una plaza que está en la Tierra-Firme junto á esta ciudad, que es donde los naturales hacen sus mercados; y estaba dando orden cómo diez de caballo fuesen en la delantera, y otros diez en medio de la gente de pié, y yo con otros diez en la rezaga. E los de Suchimilco, como vieron que nos comenzábamos á ir, creyendo que de temor suyo era, llegan por nuestras espaldas con mucha grita, y los diez de caballo y yo volvimos á ellos, y seguimoslos hasta meterlos en el agua; en tal manera, que no curaron mas de nosotros; y así, nos volvimos nuestro camino. E á las diez del día llegamos á la ciudad de Cuyoacan, que está de Suchimilco dos leguas, y de las ciudades de Temixtitan<sup>1</sup>, y Culhuacan, y Uchilubuzco, y Iztapalapa, y Cuitaguaca y Mizqueque, que todas estan en el agua, la mas lejos destas está una legua y media; y hallámosla despoblada, y aposentámonos en la casa del señor, y aquí estuvimos el día que llegamos y otro. E porque en siendo acabados los bergantines habia de poner cerco á Temixtitan, quise primero ver la disposi-

<sup>1</sup> Méjico, Culhuacan, Churubusco, que antes se llamaba Ocho-lopoco, Iztapalapa, Tlahuac, antes Cilitahuac, y Mizque, todas están en la laguna de Chalco.

cion desta ciudad y las entradas y salidas, y por dónde los españoles podian ofender ó ser ofendidos. E otro día que llegué, tomé cinco de caballo y docientos peones, y fuíme hasta la laguna, que estaba muy cerca, por una calzada<sup>2</sup> que entra á la ciudad de Temixtitan, y vimos tanto número de canoas por el agua, y en ellas gente de guerra, que era infinito; y llegamos á una albarrada que tenian hecha en la calzada, y los peones comenzáronla á combatir; y aunque fué muy recia y hubo mucha resistencia y hirieron diez españoles, al fin se la ganaron, y mataron muchos de los enemigos, aunque los ballesteros y escopeteros quedaron sin pólvora y sin saetas. E dende allí vimos cómo iba la calzada derecha por el agua, fasta dar en Temixtitan bien legua y media, y ella y la otra<sup>3</sup> que va á dar á Iztapalapa llenas de gente sin cuento; y como yo hube considerado bien lo que convenia verse, porque aquí en esta ciudad habia de estar una guarnicion de gente de pié y de caballo, hice recoger los nuestros; y así, nos volvimos, quemando las casas y torres de sus ídolos. Y otro día nos partimos desta ciudad á la de Tacuba, que está dos leguas, y llegamos á las nueve del día, alanceando por unas partes y por otras, porque los enemigos salian de la laguna por dar en los indios que nos traian el fardaje, y hallábanse burlados; y así, nos dejaron ir en paz. Y porque, como he dicho, mi intencion principal habia sido procurar de dar vuelta á todas las lagunas, por calar y saber mejor la tierra, y tambien por socorrer aquellos nuestros amigos, no curé de pararme en Tacuba. Y como los de Temixtitan, que está allí muy cerca, que casi se extiende la ciudad tanto, que llega cerca de la tierra firme de Tacuba, como vieron que pasábamos adelante, cobraron mucho esfuerzo, y con gran denuedo acometieron á dar en medio de nuestro fardaje; y como los de caballo veniamos bien repartidos, y todo por allí era llano, aprovechámonos bien de los contrarios, sin recibir los nuestros ningun peligro; y como corriamos á unas partes y á otras, y como unos mancebos, criados míos, me seguian algunas veces, aquella vez dos dellos no lo hicieron, y halláronse en parte donde los enemigos los llevaron, donde creemos que les darian muy cruel muerte, como acostumbra; de que sabe Dios el sentimiento que hube, así por ser cristianos, como porque eran valientes hombres, y le habian servido muy bien en esta guerra á vuestra majestad. Y salidos desta ciudad, comenzamos á seguir nuestro camino por entre otras poblaciones cerca de allí, y alcanzamos á la gente; y allí supe entonces cómo los indios habian llevado aquellos mancebos, y por vengar su muerte, y porque los enemigos nos seguian con el mayor orgullo del mundo, yo con veinte de caballo me puse detrás de unas casas en celada; y como los indios van á los otros diez con toda la gente y fardaje ir adelante, no hacian sino seguirlos por un camino adelante, que era muy ancho y muy llano; no se temiendo de cosa ninguna. Y como vimos pasar ya algunos, yo apellidé en nombre del apóstol Santiago, y dimos en ellos muy recia-mente. Y antes que se nos metiesen en las acequias que

<sup>2</sup> Esta calzada es la que hoy llaman de la Piedra.

<sup>3</sup> La otra calzada que va á Iztapalapa es la que llaman hoy do San Anton.

habia cerca, habiamos muerto dellos mas de cien principales y muy lucidos, y no curaron de mas nos seguir. Este día fuimos á dormir dos leguas adelante á la ciudad de Coatínchan, bien cansados y mojados, porque habia llovido mucho aquella tarde, y hallámosla despoblada; y otro día comenzamos de caminar, alanceando de cuando en cuando á algunos indios que nos salian á gritar, y fuimos á dormir á una poblacion que se dice Gilotepeque, y hallámosla despoblada. E otro día llegamos á las doce horas del día á una ciudad que se dice Aculman<sup>1</sup>, que es del señorío de la ciudad de Tesáico, á donde fuimos aquella noche á dormir, y fuimos de los españoles bien recibidos, y se holgaron con nuestra venida como de la salvacion; porque después que yo me habia partido dellos, no habian sabido de mí fasta aquel día que llegamos, y habian tenido muchos rebatos en la ciudad. E los naturales della les decian cada día que los de Méjico y Temixtitan habian de venir sobre ellos, en tanto que yo por allí andaba; y así se concluyó, con la ayuda de Dios, esta jornada, y fué muy gran cosa, y en que vuestra majestad recibió mucho servicio por muchas causas, que adelante se dirán.

Al tiempo que yo, muy poderoso y invictísimo Señor, estaba en la ciudad de Temixtitan, luego á la primera vez que á ella vine, proveí, como en la otra relacion hice saber á vuestra majestad, que en dos ó tres provincias aparejadas para ello se hiciesen para vuestra majestad ciertas casas de granjerías, en que hobiesen labranzas y otras cosas, conforme á la calidad de aquellas provincias. E á una dellas que se dice Chinanta<sup>2</sup>, envié para ello dos españoles; y esta provincia no es sujeta á los naturales de Culúa, y en las otras que lo eran al tiempo que me daban guerra en la ciudad de Temixtitan, mataron á los que estaban en aquellas granjerías, y tomaron lo que en ellas habia, que era cosa muy gruesa, segun la manera de la tierra, y destos españoles que estaban en Chinanta se pasó casi un año que no supe dellos; porque, como todas aquellas provincias estaban rebeladas, ni ellos podian saber de nosotros ni nosotros dellos. Y estos naturales de la provincia de Chinanta, como eran vasallos de vuestra majestad y enemigos de los de Culúa, dijeron á aquellos cristianos que en ninguna manera saliesen de su tierra, porque nos habian dado los de Culúa mucha guerra, y creian que pocos ó ningunos de nosotros habia vivos. E así, se estuvieron estos dos españoles en aquella tierra, y al uno dellos, que era mancebo y hombre para guerra, hicieronle su capitán, y en este tiempo salia con ellos á dar guerra á sus enemigos, y las mas veces él y los de Chinanta eran vencedores; y como después plugo á Dios que nosotros volvimos á nos rehacer y haber alguna victoria contra

<sup>1</sup> Aculman, dos leguas cortas de Tezcuco, en un valle amenísimo, pero inundado á causa de que por libertar á Méjico se hizo en tiempo del ilustrísimo señor don Domingo Trespalcios, de orden del excelentísimo señor Virey, una presa para contener la corriente del rio Teotihuacan, y en los meses de aguas se cierra la compuerta, y es lástima ver anegada la iglesia parroquial, que es una de las mejores fábricas del arzobispado, y aun creo del reino.

<sup>2</sup> Chinanta está hácia Veracruz, mas adelante de la isla de Sacrificios; y á esta provincia fué enviado Hernando Barrientos, y en ella mandó Cortés hacer las lanzas mas largas y fuertes, y por los pedernales negros de que hacian las lanzas se llamó Chinantla.

los enemigos que nos habian desbaratado y echado de Temixtitan, estos de Chinanta dijeron á aquellos cristianos que habian sabido que en la provincia de Tepeaca habia españoles, y que si querian saber la verdad, que ellos querian aventurar dos indios, aunque habian de pasar por mucha tierra de sus enemigos, pero que andarian de noche y fuera del camino hasta llegar á Tepeaca. E con aquellos dos indios el uno de aquellos españoles, que era el mas hombre de bien, escribió una carta, cuyo tenor es el siguiente:

« Nobles señores, dos ó tres cartas he escrito á vuestras mercedes, y no sé si han aportado allá ó no; y pues de aquellas no he habido respuesta, tambien pongo en duda habella desta. Hágoos, señores, saber cómo todos los naturales desta tierra de Culúa andan levantados y de guerra, é muchas veces nos han acometido; pero siempre, loores á nuestro Señor, hemos sido vencedores. Y con los de Tuxtepeque y su parcialidad de Culúa cada dia tenemos guerra: los que están en servicio de sus altezas y por sus vasallos son siete villas de los Tenez<sup>3</sup>; y yo y Nicolás siempre estamos en Chinanta, que es la cabecera. Mucho quisiera saber adónde está el capitán para le poder escribir y hacer saber las cosas de acá. Y si por ventura me escribiéredes de donde él está, y enviáredes veinte ó treinta españoles, irmeia con dos principales de aquí, que tienen deseo de ver y hablar al capitán; y seria bien que viniesen; porque, como es tiempo agora de coger el cacao<sup>4</sup>, estorban los de Culúa con las guerras. Nuestro Señor guarde las nobles personas de vuestras mercedes, como desean.—De Chinantla, á no sé cuántos del mes de abril de 1521 años. —A servicio de vuestra mercedes.—Hernando de Barrientos<sup>5</sup>. »

E como los dos indios llegaron con esta carta á la dicha provincia de Tepeaca, el capitán que yo allí habia dejado con ciertos españoles enviómela luego á Tesáico; y recibida, todos recibimos mucho placer; porque, aunque siempre habiamos confiado en la amistad de los de Chinanta, teniamos pensamiento que si se confederaban con los de Culúa, que habrian muerto aquellos dos españoles; á los cuales yo luego escribí, dándoles cuenta de lo pasado, y que tuviesen esperanza; que aunque estaban cercados de todas partes de los enemigos, presto, placiendo á Dios, se verian libres, y podrian salir y entrar seguros.

Después de haber dado vueltas á las lagunas, en que tomamos muchos avisos para poner el cerco á Temixtitan por la tierra y por el agua, yo estuve en Tesáico, forneciéndome lo mejor que pude de gente y de armas, y dando prisa en que se acabasen los bergantines y una zanja que se hacia para los llevar por ella fasta la laguna; la cual zanja se comenzó á hacer luego que la ligazon y tablazon de los bergantines se trujeron en

<sup>3</sup> Estas villas están en la provincia de Tabasco y parte del obispado de Chiapa, donde se coge mucho cacao.

<sup>4</sup> La mejor cosecha de cacao es en estas provincias, que hoy llamamos Soconusco, Suchitepec, Tabasco, y otras á la costa del sur, excepto la de Tabasco, que está al mar del Norte ó golfo Méjicano.

<sup>5</sup> Este Hernando de Barrientos, es de quien descende la muy noble familia de los Barrientos de Méjico.



una acequia de agua, que iba por cabe los aposentamientos fasta dar en la laguna <sup>1</sup>. E desde donde los bergantines se ligaron y la zanja se comenzó á hacer hay bien media legua hasta la laguna; y en esta obra anduvieron cincuenta dias mas de ocho mil personas cada dia de los naturales de la provincia de Aculucan y Tesáico; porque la zanja tenia mas de dos estados de hondura y otros tantos de anchura, y iba toda chapada y esclada; por manera que el agua que por ella iba la pusieron en el peso de la laguna; de forma que las fustas se podian llevar sin peligro y sin trabajo fasta el agua, que cierto que fué obra grandisima y mucho para ver. E acabados los bergantines y puestos en esta zanja, á 28 de abril del dicho año fice alarde de toda la gente, y hallé ochenta y seis de caballo, y ciento y diez y ocho ballesteros y escopeteros, y setecientos y tantos peones de espadas y rodela, y tres tiros gruesos de hierro, y quince tiros pequeños de bronce, y diez quintales de pólvora. Acabado de hacer el dicho alarde, yo encargué y encomendé mucho á todos los españoles que guardasen y cumpliesen las ordenanzas que yo habia hecho para las cosas de la guerra, en todo cuanto les fuese posible, y que se alegrasen y esforzasen mucho, pues que veían que nuestro Señor nos encaminaba para haber victoria de nuestros enemigos; porque bien sabian que cuando habiamos entrado en Tesáico no habiamos traído mas de cuarenta de caballo, y que Dios nos habia socorrido mejor que lo habiamos pensado, y habian venido navíos con los caballos y gente y armas que habian visto; y que esto, y principalmente ver que peleábamos en favor y aumento de nuestra fe, y por reducir al servicio de vuestra majestad tantas tierras y provincias como se le habian rebelado, les habia de poner mucho ánimo y esfuerzo para vencer ó morir. E todos respondieron, y mostraron tener para ello muy buena voluntad y deseo; y aquel dia del alarde pasamos con mucho placer y deseo de nos ver ya sobre el cerco, y dar conclusion á esta guerra, de que dependia toda la paz ó desasosiego destas partes.

Otro dia siguiente fice mensajeros á las provincias de Tascaltecal<sup>2</sup>, Guajucingo y Chururtecal á les hacer saber cómo los bergantines eran acabados, y que yo y toda la gente estábamos apercebidos y de camino para ir á cercar la gran ciudad de Temixtitan; por tanto, que les rogaba, pues que ya por mí estaban avisados, y tenían su gente apercebida, que con toda la mas y bien armada que pudiesen, se partiesen y viniesen allí á Tesáico, donde yo los esperaria diez dias; y que en ninguna manera excediesen desto, porque seria gran desvío para lo que estaba concertado. Y como llegaron los mensajeros, y los naturales de aquellas provincias estaban apercebidos y con mucho deseo de se ver con los de Culúa, los de Guajucingo y Chururtecal se vinieron á Calco, porque yo se lo habia así mandado, porque junto por allí habia de entrar á poner el cerco. Y

<sup>1</sup> Esta acequia, donde se echaron los bergantines, está junto á Tezcuco y se ve hoy como un puente: la acequia fué hecha de orden de Cortés, y la laguna distaba media legua; pero ahora está ciega, y sería muy útil al pueblo que se abriera.

<sup>2</sup> Tlaxcala, Huaxotcingo y Cholula.

los capitanes de Tascaltecal, con toda su gente muy lucida y bien armada, llegaron á Tesáico cinco ó seis dias antes de pascua de Espíritu Santo, que fué el tiempo que yo les asigné; é como aquel dia supe que venian cerca, salílos á recibir con mucho placer; y ellos venian tan alegres y bien ordenados, que no podia ser mejor. Y segun la cuenta que los capitanes nos dieron, pasaban de cincuenta mil hombres de guerra; los cuales fueron por nosotros muy bien recibidos y aposentados.

El segundo dia de Pascua mandé salir á toda la gente de pié y de caballo á la plaza desta ciudad de Tesáico, para la ordenar y dar á los capitanes la que habian de llevar para tres guarniciones de gente que se habian de poner en tres ciudades que están en torno de Temixtitan; y de la una guarnicion hice capitán á Pedro de Albarado<sup>3</sup>, y dile treinta de caballo, y diez y ocho ballesteros y escopeteros, y ciento y cincuenta peones de espada y rodela, y mas de veinte y cinco mil hombres de guerra de los de Tascaltecal, y estos habian de asentar su real en la ciudad de Tacuba.

De la otra guarnicion fice capitán á Cristóbal Olid<sup>4</sup>, al cual dí treinta y tres de caballo, y diez y ocho ballesteros y escopeteros, y ciento y sesenta peones de espada y rodela, y mas de veinte mil hombres de guerra de nuestros amigos, y estos habian de asentar su real en la ciudad de Cuyoacan.

De la otra tercera guarnicion fice capitán á Gonzalo de Sandoval<sup>5</sup>, alguacil mayor, y dile veinte y cuatro de caballo, y cuatro escopeteros y trece ballesteros, y ciento y cincuenta peones de espada y rodela; los cincuenta dellos, mancebós escogidos, que yo traía en mi compañía, y toda la gente de Guajucingo y Chururtecal y Calco, que habia mas de treinta mil hombres; y estos habian de ir por la ciudad de Iztapalapa á destruirla, y pasar adelante por una calzada de la laguna, con favor y espaldas de los bergantines, y juntarse con la guarnicion de Cuyoacan, para que después que yo entrase con los bergantines por la laguna, el dicho alguacil mayor asentase su real donde le pareciese que convenia.

Para los trece bergantines con que yo habia de entrar por la laguna, dejé trecientos hombres, todos los mas gente de la mar y bien diestra; de manera que en cada bergantin iban veinte y cinco españoles, y cada fusta llevaba su capitán y veedor y seis ballesteros y escopeteros.

Dada la orden susodicha, los dos capitanes que habian de estar con la gente en las ciudades de Tacuba y Cuyoacan, después de haber recibido las instrucciones de lo que habian de hacer, se partieron de Tesáico á 10 dias del mes de mayo, y fueron á dormir dos leguas y media de allí, á una poblacion buena que se dice Aculman. E aquel dia supe cómo entre los capitanes habia habido cierta diferencia sobre el aposentamiento.

<sup>3</sup> Este insigne capitán fué el que después ganó á Guatemala.

<sup>4</sup> Este insigne capitán mereció después ser conquistador de otras provincias, fué enviado á las Hibueras ú Honduras; pero se levantó contra Cortés.

<sup>5</sup> Este insigne capitán fué padrino en el bautismo de uno de los señores de Tlaxcala; y de otros dos señores caciques, fueron padrinos Albarado y Olid.

to, y proveí luego esta noche para lo remediar, y poner en paz; y yo envié una persona para ello, que los reprehendió y apaciguó. E otro dia de mañana se partieron de allí, y fueron á dormir á otra poblacion que se dice <sup>1</sup> Gilotepeque, la cual hallaron despoblada, porque era ya tierra de los enemigos. E otro dia siguiente siguieron su camino en su ordenanza, y fueron á dormir á una ciudad que se dice Guatitlan, de que antes desto hé hecho relacion á vuestra majestad; la cual asimismo hallaron despoblada; y aquel dia pasaron por otras dos ciudades y poblaciones, que tampoco hallaron gente en ellas. E á hora de visperas entraron en Tacuba, que tambien estaba despoblada, y aposentáronse en las casas del señor de allí, que son muy hermosas <sup>2</sup> y grandes; y aunque era ya tarde, los naturales de Tascaltecal dieron una vista por la entrada de dos calzadas de la ciudad de Temixtitan, y pelearon dos ó tres horas valientemente con los de la ciudad; y como la noche los despartió, volviéronse sin ningun peligro á Tacuba.

Otro dia de mañana los dos capitanes acordaron, como yo les habia mandado, de ir á quitar el agua dulce que por caños <sup>3</sup> entraba á la ciudad de Temixtitan; y el uno dellos, con veinte de caballo y ciertos ballesteros y escopeteros, fué al nacimiento de la fuente, que estaba un cuarto de legua de allí, y cortó y quebró los caños, que eran de madera y de cal y canto, y peló reciamente con los de la ciudad, que se le defendian por la mar y por la tierra; y al fin los desbarató, y dió conclusion á lo que iba, que era quitarles el agua dulce que entraba á la ciudad, que fué muy grande ardid.

Este mismo dia los capitanes hicieron aderezar algunos malos pasos y puentes y acequias que estaban por allí al rededor de la laguna, porque los de caballo pudiesen libremente correr por una parte y otra. Y hecho esto, en que se tardaria tres ó cuatro dias, en los cuales se hubieron muchos reencuentros con los de la ciudad, en que fueron heridos algunos españoles y muertos bartos de los enemigos, y les ganaron muchas albaradas y puentes, y hubo hablas y desafíos entre los de la ciudad y los naturales de Tascaltecal, que eran cosas bien notables y para ver. El capitán Cristóbal Dolid<sup>4</sup>, con la gente que habia de estar en guarnicion en la ciudad de Cuyoacan, que está dos leguas de Tacuba, se partió; y el capitán Pedro de Albarado se quedó en guarnicion con su gente en Tacuba, adonde cada dia tenia escaramuzas y peleas con los indios. E aquel dia que Cristóbal Dolid se partió para Cuyoacan, él y la gente llegaron á las diez del dia y aposentáronse en las casas del señor de allí, y hallaron despoblada la ciudad. E otro dia de mañana fueron á dar una vista á la calzada que entra en Temixtitan, con hasta vein-

<sup>1</sup> Hay Xiutepec, Xilotepec y Jantepec, todos distintos pueblos, y es preciso advertir que hay muchos pueblos deste nombre, pero del que se habla aqui no está al sur, sino entre el oriente y el norte de Méjico, á una jornada de Guatitlan, y es Xiutepec.

<sup>2</sup> Ya está dicho arriba que aun hoy son señores de Tacuba los Motezummas, pero la jurisdiccion es del Rey.

<sup>3</sup> Esta cañería está hoy de mejor fábrica, y entra por la Traspasna, y es de la que se bebe comunmente en Méjico.

<sup>4</sup> Cristóbal de Olid.

te de caballo y algunos ballesteros, y con seis ó siete mil indios de Tascaltecal, y hallaron muy apercebidos los contrarios, y rota la calzada y hechas muchas albaradas, y pelearon con ellos, y los ballesteros hirieron y mataron algunos; y esto continuaron seis ó siete dias, que en cada uno dellos hubo muchos recuentros y escaramuzas. En una noche, á media noche, llegaron ciertas velas de los de la ciudad á gritar cerca del real, y las velas de los españoles apellidaron *al arma*, y salió la gente, y no hallaron ninguno de los enemigos, porque dende muy lejos del real habian dado la grita, la cual les habia puesto en algun temor. E como la gente de los nuestros estaba dividida en tantas partes, los de las dos guarniciones deseaban mi llegada con los bergantines, como la salvacion; y con esta esperanza estuvieron aquellos pocos dias hasta que yo llegué, como adelante diré. Y en estos seis dias los del un real y del otro se juntaban cada dia, y los de caballo corrian la tierra, como estaban cerca los unos de los otros, y siempre alanceaban muchos de los enemigos, y de la sierra cogian mucho maíz para sus reales, que es el pan y mantenimiento destas partes, y hace mucha ventaja á lo de las islas.

En los capítulos precedentes dije cómo yo me quedaba en Tesáico con trecientos hombres y los trece bergantines, porque en sabiendo que las guarniciones estaban en los lugares donde habian de asentar sus reales, yo me embarcaba y diese una vista á la ciudad y hiciese algun daño en las canoas; y aunque yo deseaba mucho irme por la tierra, por dar orden en los reales, como los capitanes eran personas de quien se podia muy bien fiar lo que tenían entre manos, y lo de los bergantines importaba mucha importancia, y se requeria gran concierto y cuidado, determiné de meter en ellos, porque la mas aventura y riesgo era el que se esperaba por el agua; aunque por las personas principales de mi compañía me fué requerido en forma que me fuese con las guarniciones, porque ellos pensaban que ellas llevaban lo mas peligroso. E otro dia después de la fiesta de Corpus-Christi, viénes, al cuarto del alba hice salir de Tesáico á Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, con su gente, y que se fuese derecho á la ciudad de Iztapalapa, que estaba de allí seis leguas pequeñas; y á poco mas de mediodía llegaron á ella y comenzaron á quemarla y á pelear con la gente della; y como vieron el gran poder que el alguacil mayor llevaba, porque iban con él mas de treinta y cinco ó cuarenta mil hombres nuestros amigos, acogiéronse al agua en sus canoas; y el alguacil mayor, con toda la gente que llevaba, se aposentó en aquella ciudad, y estuvo en ella aquel dia, esperando lo que yo le habia de mandar y me sucedia.

Como hube despachado al alguacil mayor, luego me metí en los bergantines, y nos hicimos á la vela y al remo; y al tiempo que el alguacil mayor combatia y quemaba la ciudad de Iztapalapa llegamos á vista de un cerro <sup>5</sup> grande y fuerte que está cerca de la dicha ciudad, y todo en el agua, y estaba muy fuerte, y habia mucha gente en él, así de los pueblos de alrede-

<sup>5</sup> Cerro ó peñol del Marqués, que está dentro de la laguna de Tezcuco.